

# Sobre la unión de la raza

Señor Director de EL SOL

Madrid.

**M**UEVAMENTE me permito dirigirme a usted en solicitud de espacio para algunas consideraciones relacionadas con la trascendental cuestión de la actuación mancomunada de la raza. A ello me mueven tres razones: el generoso trato dispensado a mi carta anterior sobre el mismo asunto; una convicción, cada día más honda, de que el triunfo o el fracaso de la idea equivale, en el plano de los valores políticos internacionales, a un fatal «to be or not to be» para el porvenir de España y las Repúblicas afines del continente americano, y el hecho de que EL SOL—gracias a la continua y reflexiva atención de sus redactores a los sucesos de Ultramar—haya venido a constituirse en natural plataforma, donde los españoles podamos exponer nuestros anhelos de íntima solidaridad con los hermanos de América.

Deseo hacer constar, primeramente, que me hallo en un todo de acuerdo con la atinada puntuación que EL SOL se dignó poner sobre las fes de mi anterior nota. No era otro, en realidad, el motivo que me llevó a escribirla. De la presente inercia hispánica no podemos, no debemos, en modo alguno, consolarnos, recordando que nuestros abuelos dieron cima a empresas maravillosas. «Tiene importancia escribir la Historia; pero no es menos interesante hacerla.» Conforme. Conviene, sin embargo, no olvidar que, en esta cuestión del hispanoamericanismo, a la Historia corresponde el papel protagonista, por ser ella precisamente el terreno en cuyas entrañas está enraizada la planta que, apenas cultivada durante todo el pasado siglo, ansiamos ahora ver crecer y rendir lozano fruto. En ese campo, cuya prodigiosa riqueza—tanto en manifestaciones espirituales como de física energía—constituye hoy la razón suprema de la robusta confianza que muchos ponemos en los destinos de la raza, han venido

medrando—por propia incuria española, por motivos circunstanciales convenientes a la consolidación de las recién nacidas Repúblicas y por calculadas miras de ciertas naciones extranjeras—algunas cizañas, que es preciso escardar cuidadosamente para que la verdad histórica—sobre esto no abrigan dudas los que han buceado en los anales del período colonial—se convierta en el mejor escultor de nuestro ideal. Por consiguiente, no disminuyamos, ni en un ápice, la importancia que la historia tiene en esta cuestión del hispanoamericanismo. Al contrario, estímulos su estudio. Animemos al Estado para que cree en las Universidades cátedras especiales de Historia americana y fomento, si necesario fuese, con pensiones, el escudriñamiento de los millares de legajos que, relacionados con las mágicas hazañas de los antepasados, guardan los archivos.

Ganancias sólo nos ha de reportar el conocimiento de lo que esos amarillentos papeles cuentan. Y en cuanto a las cátedras de Historia colonial,

para que resulten verdaderamente provechosas, creémoslas de Historia colonial comparada. En algunos aspectos, la comparación será, naturalmente, desfavorable para nosotros—especialmente en las etapas más avanzadas del colonaje—, pero podemos estar persuadidos de que, en general—habida cuenta de las épocas de actuación—, la balanza de la opinión imparcial se inclinará a favor de España. Todo lo malo de nuestro sistema ya se ha pregonaado a voz en grito por el mundo. Hubo en él, en cambio, muchos capítulos merecedores del mayor encomio, que apenas si la más selecta minoría los conoce. El conocimiento más general de lo mucho bueno que España hizo en América contribuirá a fundir en un noble orgullo y una común aspiración de avance la veintena de naciones ibéricas, y así, en este caso preciso, escribir la Historia será también hacerla. No hace mucho elogiaba EL SOL la gestión de una oficina del ministerio de Estado—que se llama de Relaciones Culturales—encargada de facilitar libros españoles a instituciones extranjeras que se interesan por nuestras cosas. No escaso servicio podría prestar la dicha oficina al prestigio de la nación y al fomento del ideal hispanoamericano, diseminando

por el mundo libros escogidos de vulgarización histórica colonial, como, por ejemplo, el de Don Carlos Pereyra «La obra de España en América» (Biblioteca Nueva) del cual, con gran injusticia, apenas si se ha hablado en la Prensa.

Pero aunque la depuración y divulgación histórica sea tarea que de ningún modo debemos descuidar, conviene insistir, con EL SOL, en que si la raza ha de continuar ejerciendo en el mundo una influencia digna de su tradición, no basta con desenterrar glorias pretéritas. «Veneremos—como ha dicho el brioso ex-rector de la Universidad nacional de México, señor Vasconcelos—las glorias del pasado; pero nuestra raza no está muerta, y, por lo mismo, no debe bastarle con el pasado. No sólo no está muerta, sino que tiene plena confianza en que sus días mejores han de cumplirse en el porvenir.» Y de la ciega fe del señor Vasconcelos en el lumi-



—¿Es un confesor muy hábil, comadrita?

—Como que me ha hecho confesar pecados que jamás he cometido.

(Excelsior, México.)

POR GARCÍA CABRAL.